

RUSIA-UNIÓN EUROPEA: ¿NUEVA GUERRA FRÍA?

1. Presentación

Desde la caída de la Unión Soviética y la progresiva reconfiguración de Rusia como un nuevo Estado con vocación de ser más que una mera potencia regional, las relaciones mantenidas con la Unión Europea (UE) han conocido una evolución que trataremos de analizar en este trabajo con el fin de intentar ofrecer una respuesta a la pregunta planteada en el título.

En líneas generales, se podría afirmar que desde los inicios de 1990 Rusia ha ido reforzando los lazos económicos y comerciales con la UE, especialmente con países como Alemania, pero al mismo tiempo no se ha llegado a generar un clima de “confianza” geopolítica entre ambas partes. Durante todo este tiempo se han ido produciendo tensiones y conflictos, como el de Kosovo en 1999, que han sido motivo de discordia rusa con EE UU, la OTAN y la UE, cuyas secuelas en la interpretación del Derecho Internacional llegan hasta la actualidad a medida que han ido afectando a su “extranjero cercano” (por ejemplo, en relación al “referéndum” separatista reciente en Crimea), considerado por Rusia como su prioridad para garantizar la progresiva expansión de su área de influencia.

2. Antecedentes de la actual crisis

Conviene recordar que la rápida descomposición del bloque soviético a comienzos del decenio de los 90 favoreció la configuración de un nuevo escenario global de hegemonía estadounidense en el mundo, acompañada de la progresiva aplicación en Europa del Este de las directrices neoliberales, procedentes del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM), así como de una reformulación del papel de la OTAN tras la desaparición del viejo “enemigo” frente a nuevas amenazas.

Dentro de ese marco la nueva Rusia emergió como un Estado en el que el complejo de “potencia humillada” ante Occidente parecía ser el rasgo predominante en sus elites políticas, procedentes en su mayor parte de la vieja “nomenklatura”. No es raro por eso que dentro de ellas haya estado presente siempre una corriente de vieja tradición, el “eurasianismo”, tendiente a dar la espalda a “Occidente” y a mirar más hacia su propio Este. Se puede considerar en la actualidad a Alexander Dugin como principal ideólogo de ese proyecto: éste aspiraría a una unidad supranacional en el espacio de Eurasia del Norte que, a su vez, llegase a alcanzar una alianza estratégica con Irán, Turquía y los países árabes de Oriente Próximo (Chauvier, 2014; Florentín, 2014). Es quizás esta orientación, acompañada de una reivindicación de valores culturales tradicionalistas y conservadores en el plano interno, la que parece reforzarse en el marco de las tensiones que se están desarrollando en torno a la situación que se vive en Ucrania.

Pese a ese resentimiento frente a “Occidente”, a lo largo del decenio de los 90 del pasado siglo se fue produciendo la progresiva integración de la economía rusa dentro de las reglas establecidas por los organismos financieros internacionales, si bien con las particularidades de lo que se puede definir como un nuevo capitalismo basado en un despotismo estatal (con un papel clave de la burocracia estatal en el control de sectores estratégicos de la economía y un sistema político autoritario), en el que no le faltan rasgos calificados como mafiosos. Según datos de la Fiscalía General de Rusia, en el año 2000 las mafias controlaban el 50% de los



bancos y el 40% de las empresas privadas y blanqueaban en el exterior 150.000 millones de dólares anuales (Taibo, 2014: 29-30).

Siguiendo este “modelo” mixto, el objetivo principal de las elites rusas ha sido el de llegar a recuperar su papel de gran potencia (no olvidemos que heredó de la URSS, además de las deudas, su puesto dentro del Consejo de Seguridad de la ONU), redefiniendo su política exterior y buscando ir ampliando sus áreas de influencia, empezando por su “extranjero cercano”. Para ello se propusieron aprovechar al máximo las fuentes de poder con las que podían contar: principalmente, su enorme arsenal de armas de destrucción masiva, incluida la nuclear, y, sobre todo a partir del año 2000, su capacidad de exportación de recursos energéticos –petróleo y gas, pero también uranio– que le sitúan en los primeros puestos del ranking mundial.

En ese marco general, y ante la tendencia de la OTAN hacia su ampliación en el Este, la crisis y los conflictos consiguientes que se desarrollaron en Yugoslavia durante el decenio de los 90 fueron motivo de tensión entre Rusia, por un lado, y EEUU y la UE, por otro. Fue más concretamente el ataque militar de la OTAN a Serbia en 1999, a raíz de la agresión de Milosevic al pueblo albaniano-kosovar, el que generó una condena por parte de los gobernantes rusos de lo que consideraban “doble rasero” en la interpretación del Derecho Internacional; con mayor motivo cuando la Alianza Atlántica había aprobado ya en 1997 su “Nuevo Concepto Estratégico”, según el cual Rusia era percibida como una posible amenaza, y fue acogiendo en su seno a países vecinos, como Polonia, Chequia y Hungría (Pastor, 1997).

Rusia no se opuso, en cambio, a la intervención militar estadounidense en Afganistán tras el 11-S de 2001 frente a la amenaza común “islamista radical”. Por el contrario, sí lo hizo frente a la que se produjo en Iraq en 2003 y en la que Rusia coincidió con Francia y Alemania, cuestionando así abiertamente la decisión de Bush y marcando en cierto modo el final del “unilateralismo” estadounidense.

Con todo, es justamente la subida de los precios de materias primas que se da en esos años, coincidiendo con la llegada de Vladimir Putin al Kremlin, la que favorece un refuerzo del poder energético ruso en relación a la UE. Ésta importa el 30% del gas natural y el 18% del petróleo a Rusia, pero a su vez ésta última exporta a la UE el 63% de su petróleo y el 65% de su gas y, además, el 70% de las inversiones extranjeras en Rusia procede de países de la UE. Se ha ido produciendo así una relación de interdependencia creciente, especialmente con países como Alemania, como simbólicamente se reflejó con la entrada del excanciller Gerhard Schröder en el Consejo de la empresa rusa Gazprom a finales de 2005.

Simultáneamente, es en el decenio del 2000 cuando el “extranjero cercano” conoce una inestabilidad creciente: las “revoluciones de colores” postelectorales en 2003-2004 en Georgia y Ucrania, bajo una creciente influencia del “poder blando” (con un papel destacado de un buen número de ONGs) de la UE y EEUU en la región, son buena prueba de ello. Paralelamente, se produce una tendencia reactiva prorrusa en algunos de los países de la zona, siendo la más significativa el referéndum celebrado en Transnistria en 2006, en donde se aprueba su separación de Moldavia.

El ataque de Georgia, con apoyo estadounidense, a Osetia del Sur en agosto de 2008 es otro momento de tensión, cuyo desenlace acaba siendo favorable a Rusia mediante su apoyo abierto a la separación de esa región junto con Abjasia.

Es justamente el año 2008, con el estallido de la crisis financiera en EE UU y sus crecientes repercusiones en la UE, un punto de inflexión importante a escala global. Porque si ya la guerra de Iraq había mostrado la crisis de sobreextensión geoestratégica que estaba conociendo la superpotencia estadounidense, así como las limitaciones de la UE para afrontar con ella los desafíos geopolíticos en el convulso Oriente Medio, ahora se hacían más evidentes ambas en medio de la amenaza de una Gran Depresión desde el punto de vista económico y financiero. En contraste con esas tendencias se asiste a la progresiva configuración de las llamadas “grandes potencias emergentes”, los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y, posteriormente,

Sudáfrica) y, pese a su heterogeneidad, a la búsqueda de alianzas entre ellas con el fin de ir desafiando la hegemonía del dólar y las Instituciones Financieras Internacionales (FMI, BM), considerando que ya no reflejan las nuevas relaciones de fuerzas existentes a escala global.

La nueva fase de inestabilidad que se vive en el Norte de África y en el mundo árabe a partir de 2011 añade nuevos puntos de fricción, especialmente en torno a la crisis vivida en Libia (con una intervención militar occidental en nombre del principio de la “responsabilidad de proteger”, impugnada por Rusia y China) y, posteriormente, en Siria, mientras Irán e Iraq continúan siendo también motivo de conflictos de intereses.

En ese contexto vemos una evolución de la política exterior rusa hacia un mayor distanciamiento respecto a EEUU y la UE. Parece significativo al respecto un artículo de Vladimir Putin, publicado el 27 de febrero de 2012 con el título de “Rusia y el mundo en transformación”. En el mismo cabe subrayar:

- su crítica a EEUU y la OTAN por considerar que están actuando en base a los tópicos de la “política de bloques”, buscando la ampliación de la OTAN y estableciendo en Europa el escudo antimisiles.
- su valoración de la evolución negativa de la “primavera árabe” y la responsabilidad contraída por la intervención exterior a favor de una de las partes (Libia).
- su denuncia de las que considera “pseudo-ONG”, meros instrumentos ilegales del “poder blando” occidental.
- su apuesta por un mayor protagonismo de la región de Asia-Pacífico, por una alianza con China y por dar mayor relevancia a los BRICS.

Sin embargo, simultáneamente en ese mismo artículo se reafirma en que Rusia es parte inalienable y orgánica de la Gran Europa, de la amplia civilización europea. Considera a la UE como uno de los socios más grandes en los campos del comercio y la economía exterior y propugna incluso la necesidad de avanzar hacia una comunidad de economías desde Lisboa hasta Vladivostok, a la vez que critica el “tercer paquete energético” propuesto por la Comisión Europea, destinado a desplazar a las empresas energéticas rusas, y el régimen de visados impuesto por la UE con la ciudadanía rusa (Putin, 2012).

Una línea discursiva que, pese a comportamientos como el mantenido en Osetia del Sur en 2008, va acompañada por la pretensión rusa de erigirse en firme defensora del Derecho Internacional. Así, en diciembre de 2013 Putin declara:

“Siempre hemos estado orgullosos de nuestra nación. Pero no afirmamos ser una superpotencia que busque la hegemonía global o regional; no usurpamos los intereses ajenos, ni imponemos nuestro control a nadie, ni decimos a los demás cómo vivir sus vidas. Pero nos esforzamos por ser líderes en la defensa de la ley internacional, exigiendo respeto por la soberanía nacional y la independencia e identidad de los pueblos”.

En ese mismo discurso Putin se reafirma además en su oposición a la instalación del escudo antimisiles en Europa y se atribuye el éxito alcanzado en Siria mediante la paralización del intento de intervención occidental.

Con todo, es el paso de “lograr una posición de prestigio”, como se decía en el año 2000, a “lograr una posición de fuerza” en 2008 la que se va confirmando durante los últimos años, no sin ocultar que ese objetivo está asociado a la preservación de los intereses de las empresas rusas en el extranjero y, sobre todo, a la “protección” de los 20 millones de rusos étnicos que se encuentran fuera de las fronteras de Rusia (Ruiz González, 2013). En esa dinámica las referencias al recurso al “poder blando”, hechas por el ministro de Asuntos Exteriores Lavrov quedarían más bien para las relaciones de Rusia con otras áreas del mundo como América Latina.



Dentro de ese clima de creciente tensión entre EEUU y la UE, por un lado, y la Rusia de Putin, por otro, no sólo respecto al “extranjero cercano”, sino también en relación a focos de conflicto que se desarrollan en otras partes del mundo, especialmente el Norte de África y Oriente Medio, la crisis abierta en Ucrania a partir de noviembre de 2013 se convierte en el desencadenante de una dinámica ascendente de confrontación llena de riesgos.

3. Ucrania y su relevancia simbólica y geopolítica. ¿La Unión Euroasiática y China como alternativas?

El carácter de “frontera” que incluso etimológicamente tiene este país entre Europa y Asia, su histórica vinculación con el discurso nacionalista gran-ruso, así como el papel geopolítico y geoeconómico que actualmente juega como lugar de paso entre Rusia y la UE, son factores que explican suficientemente la centralidad que tiene el devenir de este país en las relaciones entre Rusia y la UE.

Desde el mes de noviembre de 2013 hemos visto una sucesión de acontecimientos: la revuelta de Maidan contra el presidente Víctor Yanukovitch, tras su negativa a firmar un acuerdo con la UE; su posterior caída y la puesta en pie de un nuevo gobierno favorable a ese acuerdo; más tarde, las elecciones presidenciales del pasado 25 de mayo, destinadas a dar una nueva legitimidad al régimen prooccidental en formación, con Poroshenko como nuevo presidente. Un proceso que ha ido acompañado de la creciente desafección en las regiones del Este, buscando seguir el camino emprendido por Crimea (la cual, bajo presencia rusa, llegó a celebrar un “referéndum” que aprobó su separación de Ucrania) y luego de las nuevas repúblicas rebeldes de Donetsk y Lugansk, frente a las cuales, bajo la acusación de “terroristas”, se ha desencadenado desde Kíev una ofensiva militar en toda regla (con participación destacada, por cierto, de milicianos de extrema derecha), proseguida por el nuevo presidente Poroshenko, pese a las peticiones de tregua procedentes tanto de Rusia como de la UE y amenazando así con una mayor desafección en esa zona frente al resto del país. La posterior destrucción de un avión malasio el pasado 18 de julio (con la consiguiente pérdida de centenares de vidas) parece muy probablemente un “error” de los rebeldes prorrusos, y ha agravado todavía más la tensión en la zona, así como la relación entre Rusia y la UE, llevándola a su punto más alto (Ruiz Ramos y Morales Hernández, 2014).

La anexión de Crimea –y su “referéndum” bajo despliegue militar– ha sido, sin duda, un logro muy útil a Putin para su política interna, ya que ha constituido, como observa Catherine Samary (2014: 9-10), “una ‘síntesis’ que marca el poder de una antigua y nueva gran potencia en la escena internacional. Putin se ha ‘agarrado’ a ella no para proteger a poblaciones amenazadas –no lo eran– sino para consolidar su popularidad a base de una ideología ‘gran-rusa’ que debe ayudar a contrarrestar o a amordazar la contestación social y política de su propio régimen (los símbolos dominantes en las manifestaciones del Primero de Mayo de 2014 están muy alejados de los tradicionales temas sociales todavía presentes en 2013)”.

Pese a los réditos internos alcanzados con Crimea, Rusia sigue sintiéndose desafiada en lo que considera parte fundamental de su “extranjero cercano” y sin que haya perspectivas de “finlandización” de Ucrania ante la opción mayoritaria prooccidental que predomina en Kíev. Empero, tampoco parece probable una estabilización interna de este país, al menos a medio plazo, no sólo por las resistencias que se dan en el Este del país. Hay que tener en cuenta que su situación económica es extremadamente frágil (condicionada además por las exigencias provenientes de la UE y el FMI y con una deuda elevada, principalmente con Rusia, que además fue la gran beneficiada de las privatizaciones en el pasado) y con nuevas divisiones en la elite gobernante, como se ha podido comprobar con la dimisión del primer ministro Arseni Yatseniuk el 24 de julio ante la imposibilidad de hacer aprobar por el parlamento nuevos impuestos y privatizaciones. No cabría descartar incluso, como pronostican algunos, un nuevo Maidan de protestas que expresaran la frustración de una población cada vez más empobrecida ante las expectativas creadas por la asociación con la UE.

Asimismo, hay que tener en cuenta que internamente Rusia también atraviesa una difícil situación de estancamiento económico (agravada ahora por una mayor fuga de capitales y por el efecto de las sanciones económicas de la UE) que, unida al peso de movimientos de carácter islamista o autonomista, amenaza con crear inestabilidad en algunas de sus regiones, especialmente en el Cáucaso y el Volga pero también en Siberia (Radvanyi, 2014).

En esas condiciones se entienden las prisas de Putin por reactivar sus posibles alianzas mirando al Este. En ese sentido van la Unión Euroasiática, firmada en junio de este año con Bielorrusia y Kazajstán, así como el refuerzo de su brazo armado, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). No obstante, no se puede considerar al actual régimen de Kazajstán un firme aliado de Rusia, ya que mantiene buenas relaciones con el capital financiero occidental (Draitser, 2014).

Con todo, es el acuerdo gasístico establecido con China en mayo de este año, según el cual Rusia se compromete al suministro de hasta 38.000 millones de metros cúbicos anuales a partir de 2018 durante 30 años (equivalente a 400.000 millones de dólares), el que marca un horizonte de colaboración estrecha entre las dos potencias, dispuestas ambas a cuestionar la tradicional hegemonía “occidental” no sólo en el plano económico-monetario, sino también en el geopolítico, entrando abiertamente en el juego del “doble rasero” en la aplicación de principios como el de la “responsabilidad de proteger”. Cabe prever, además, que “si el comercio entre Rusia y China se duplicase hasta 2020, Moscú absorbería el golpe de la disminución del comercio con la UE, pero Bruselas no tiene un mercado alternativo, salvo que se pliegue a las condiciones de Washington para firmar el Acuerdo Transatlántico de Libre Comercio” (Ruiz González, 2014).

En cualquier caso, las notables asimetrías entre Rusia y China, en beneficio de ésta última, así como sus diferencias en política exterior no permiten hablar de una alianza estratégica entre ambas, más allá de la apuesta común por el multilateralismo y por la limitación de la influencia geoestratégica occidental en zonas como la de Oriente Medio.

En una dirección alternativa a la de EEUU y la UE irían también los recientes compromisos contraídos por los BRICS en Brasil, según los cuales aspiran a poner en pie un Banco de Desarrollo que contribuya a desafiar las reglas impuestas hasta ahora desde el FMI y el BM y a forzar un nuevo Bretton Woods, justamente 70 años después.

4. ¿Nueva guerra fría? No, pero...

De este recorrido alrededor de la evolución de las relaciones entre Rusia y la UE, y a la espera de hasta qué punto puede agravarlas el conflicto abierto en torno a Ucrania tras la tragedia del avión malasio, se puede concluir que ha terminado una etapa en la que se ha ido desarrollando una interdependencia creciente, si bien asimétrica, entre ambas partes. En realidad, se ha tratado de una relación entre socios desde el punto de vista comercial pero, a la vez, también entre potenciales adversarios, ambos dependientes de alianzas con otras grandes potencias, en el proceso de rediseño de un mapa geoeconómico y geopolítico global en el que, como ha reconocido recientemente Zbigniew Brzezinski (2014), “no hay potencias hegemónicas”.

No obstante, sería un error deducir de la relativa agravación de las relaciones entre ambos actores a raíz sobre todo del conflicto ucraniano que nos encontremos en vísperas de una “nueva guerra fría”. Más bien, cabría hablar de la tendencia por parte de los dirigentes rusos a dar un menor peso a las relaciones con la UE (a su vez, dividida al respecto en función de su grado de interdependencia) y a reafirmarse en su voluntad de preservar su influencia en el “extranjero cercano”, sin excluir el recurso a la fuerza militar pero con la autocontención necesaria para evitar una escalada en los conflictos, como estamos viendo incluso en el intento por parte de Putin de distanciarse de las pretensiones de las repúblicas rebeldes dentro de Ucrania. Todo ello en un contexto de transición geopolítica global en el que la crisis de sobreextensión geoestratégica de EE UU y el debilitamiento interno de la UE parecen ofrecer



mayor margen a Rusia para buscar una política exterior favorable a una multipolaridad que sirva de contrapeso a la relativa hostilidad que en el futuro pudiera provenir de "Occidente".

REFERENCIAS

- Brzezinski, B. (2014) "No hay potencias hegemónicas", *El País*, 21 de julio, p. 6.
- Chauvier, J-M (2014) "Los ideólogos que inspiran a Vladimir Putin. La versión rusa del choque de civilizaciones", *Le Monde Diplomatique*, 223, mayo, pp. 10-11.
- Draitser, E. (2014) "Geopolítica de la Unión Euroasiática", www.sinpermiso.info, 8 de junio.
- Florentín, M. (2014) "Putin y la reconstrucción de Eurasia", *El País*, 17 de marzo, p. 4.
- Pastor, J. (1997) "La ampliación de la OTAN a Europa del Este ¿Más estabilidad o mayor inseguridad?", *Cuadernos del Este*, 20, Instituto Complutense de Estudios Internacionales, pp. 115-123.
- Putin, V. (2012) "Rusia y el mundo en transformación" (disponible en http://sp.ria.ru/opinion_analysis/20120227/152834844.html).
- Radvanyi, J. (2014) "Moscú, entre juegos de influencias y demostraciones de fuerza", *Le Monde Diplomatique*, 223, mayo, pp. 8-9.
- Ruiz González, F. (2013) "El concepto de política exterior de Rusia: un estudio comparativo", Instituto Español de Estudios Estratégicos, www.ieee.es, 9 de abril.
- Ruiz González, F. (2014) "Rusia: del divorcio con Occidente a la luna de miel con China", Instituto Español de Estudios Estratégicos, www.ieee.es, 2 de junio.
- Ruiz Ramos, R. y Morales Hernández, J. (2014) "Cuatro claves sobre la tragedia del vuelo MH 17 en Ucrania", http://www.eldiario.es/agendapublica/blog/claves-tragedia-vuelo-MH17-Ucrania_6_283181682.html, 19 de julio.
- Samary, C. (2014) "De Yugoslavia a Ucrania. Un nuevo orden mundial post 1989", *Viento Sur*, 134, pp. 5-13.
- Taibo, C. (2014) *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*. Madrid: Catarata.